

La guerra fría se llevó muchos millones que podían haber ido al desarrollo y estranguló a las economías del Este que mostraron hasta qué punto la centralización y planificación desarman al ser humano y le aniquilan sus capacidades propias de actor.

Del Este al Sur

El tercer mundo insiste en sus presiones y quiere algo más que proyectos para planificar su población o que limosnas para disminuir sus necesidades básicas. Quiere participar en el desarrollo poniendo las bases de una infraestructura que pueda competir, sobre todo en materia agrícola.

Exige apertura de fronteras, eliminación de barreras a sus productos. Pide reciprocidad en las relaciones. Dice que la igualdad le dará más justicia y que sus ciudadanos podrán más que sus estados impregnados de corrupción e ineficaces.

El primer mundo, la sociedad opulenta, ha disfrutado un desarrollo de derroche exagerado y ha provocado tal contaminación y tal nivel de desperdicios que ha levantado la protesta social y la voz de alarma.

Hasta nuestros propios desperdicios nos avisan de la imposibilidad de seguir el tipo de crecimiento llevado hasta ahora. Nos piden una revisión del sentido de bienes para despertar más interés por los bienes colectivos: mares limpios, ciudades tranquilas, ríos para poder disfrutar, calles para pasear; y no tanto por los bienes individuales y materiales.

Se prepara el cambio. Es muy profundo y global. Podemos oponernos añorando viejos tiempos o podemos encauzarlo. Nuestra responsabilidad la empujan un mensaje que nos invita a ser hermanos de la manera más eficaz para el presente y para el futuro, y una realidad histórica, susceptible de varias lecturas pero siempre cambiante, que nos invita a ser útiles a los demás viendo los acontecimientos con tiempo y preparando las actitudes necesarias para que nuestro mundo, nuestra sociedad y, en este caso, nuestra economía no pierdan la referencia humanista, solidaria y cristiana.

El Estado del bienestar y la economía que significa han hecho un gran servicio a la humanidad en un momento concreto de la historia.

La historia continúa y es urgente cambiar el sentido y las actitudes de esta cultura para hacer posible que el bienestar permanezca y que la solidaridad se prolongue más allá de nuestras fronteras de un modo eficaz.

Desarrollo solidario, crecimiento en calidad de vida y transformación de actitudes y estructuras para humanizarlo todo son las tres afirmaciones generales que marcan el camino y que hay que ir traduciendo en pasos concretos de imaginación, creatividad y esperanza.

EVANGELIO Y EVANGELIOS: unidad y pluralidad

Julián Ruiz Martorell

1.- La cuestión de la unidad

Llamamos «sinópticos» a los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas, porque si los ordenamos uno junto a otro y los leemos conjuntamente tenemos una visión coherente. El término «sinópticos» procede del griego «syn» (=uno junto a otro) y de «opsis» (=mirada). Es fácilmente observable a la afinidad que presentan a la hora de elegir y de ordenar la materia, y hasta en la literalidad de algunos textos paralelos. Pero, junto a gran número de convergencias, apreciamos también divergencias significativas.

Según los datos de la estadística, de los 1.070 versículos de Mateo, 740 aparecen en Marcos y Lucas; de los 677 versículos de Marcos, 609 los encontramos en Mateo y Lucas, 617 se hallan en Mateo y Marcos, los tres presentan 330 versículos comunes, lo cual significa casi la mitad de Marcos. El evangelio de Juan recoge materiales semejantes, pero no idénticos, e independientes de la tradición sinóptica.

Las semejanzas y desemejanzas dentro de los mismos evangelios plantean la cuestión de su unidad y pluralidad. ¿Podemos hablar de un único evangelio en cuatro versiones complementarias? El hecho de poseer cuatro «formas» de una única «buena noticia», ¿afecta a su unidad?.

El cuarto evangelio concluye el capítulo con las siguientes palabras: «Jesús realizó en presencia de sus discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro. Estas lo han sido para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (Jn 20, 30-31). Con ello se reconoce que el autor y su comunidad no han pretendido ser exhaustivos a la hora de presentar el texto, puesto que «otras muchas señales» no han sido consignadas. Por consiguiente, ha mediado una labor de selección y síntesis. La fe («para que creáis») y la vida («tengáis vida») se apoyan en bases que no intentan agotar el misterio de la personalidad de Jesucristo.

En la conclusión del capítulo 21 de ese mismo evangelio, se nos dice: «Hay además otras muchas cosas que hizo Jesús. Si se contaran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran» (Jn 21,25).

La misma experiencia aparece en San Pablo cuando confiesa en la carta a los Efesios: «A mí, el más insignificante de todos los creyentes, se me ha concedido el don de anunciar a las naciones la insondable riqueza de Cristo» (Ef. 3,8). Un pozo inescrutable, un manantial que nunca se agota, constituye el objeto de la proclamación del apóstol a los gentiles.

El mismo capítulo de la carta a los Efesios nos dice: «Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios» (Ef. 3, 17-19). Lo que tienen que saber los cristianos es que el amor de Cristo sobrepasa y desborda todo conocer. El apóstol implora un conocimiento cada vez más profundo del amor del Señor, que se sustrae a toda capacidad de abarcamiento. Si los cristianos toman conciencia del sobreabundante amor de Cristo, se llenan de la plenitud de Dios.

San Lucas se sitúa al comienzo de su evangelio en esta línea de esfuerzos complementarios: «Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido» (Lc 1, 1-4). El testimonio ocular y el ministerio de la Palabra garantizan la fiabilidad de lo transmitido acerca de las «cosas que se han verificado entre nosotros». El interés por la historia vivida es consciente de que se trata de «historia de salvación». S. Lucas lo ha investigado «diligentemente» y lo escribe «por su orden» para fortalecer la fe. Y piensa el autor que han precedido otros intentos de narrar de un modo ordenado lo que él comunica. Lucas subordina sus pretensiones literarias a su intencionalidad teológica. Reconoce que ha utilizado como fuente relatos anteriores, y, consciente de que depende de sus predecesores, se asocia a ellos. Su objetivo no es la mera repetición de lo que le han legado sus predecesores, sino escribir un nuevo relato de la actividad de Jesús con la mentalidad de un estudioso que sigue determinadas pautas.

En la concepción de Lucas, el garante del «Kerigma» es el Espíritu; él es el que guía el ministerio y la predicación de Jesús y, más adelante, la de los discípulos. El Espíritu es quien mantiene la unidad entre el tiempo de Israel, el tiempo de Jesús (como cumplimiento) y el tiempo de la Iglesia. También leemos en el cuarto evangelio: «Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa» (Jn 16,13).

2.- Divergencias

Leyendo atentamente los evangelios, apreciamos divergencias no solamente en cosas que carecen de importancia objetiva, sino también en aspectos de cierta consideración: narraciones con la misma estructura donde aparecen palabras e ideas diferentes, palabras con cambio de sentido, materiales propios de cada evangelista, etc.

La Constitución Dogmática: «Dei Verbum» respondió a esta cuestión al afirmar: «Los autores sagrados compusieron los cuatro Evangelios escogiendo datos de la tradición oral o escrita, reduciéndolos a síntesis, adaptándolos a la situación de las diversas Iglesias, conservando el estilo de proclamación: así nos transmitieron siempre datos auténticos y genuinos acerca de Jesús. Sacándolo de su memoria o del testimonio de los que asistieron desde el principio y fueron ministros de la palabra, lo escribieron para que conociéramos la «verdad» de lo que nos enseñaban (cfr. Lc 1,2-4) « (DV 19).

Se describe la tarea de los evangelistas a través de cuatro rasgos:

- 1.— Selección de datos de la tradición oral o escrita.
- 2.— Realización de síntesis.
- 3.— Adaptación de los datos de la tradición a la situación de las diversas Iglesias.
- 4.— Conservación del estilo de proclamación.

La enseñanza oficial del Vaticano II admite un proceso de tradición oral y escrita al servicio de la proclamación de la fe, con criterios de selección, síntesis, adaptación y mantenimiento de la forma de proclamación.

El número precedente de la mencionada Constitución habla del «Evangelio cuádruple, según Mateo, Marcos, Lucas, y Juan» (DV 18), siguiendo a S. Ireneo que afirmaba que el Verbo Artífice del universo, después de haberse mostrado a los hombres, nos dio «un evangelio cuatriforme, pero sostenido por un único Espíritu» (Adv. haer. III, 11,8). Según el obispo de Lyon, los evangelios no pueden ser ni más ni menos que estos. Los querubines tienen cuatro aspectos, que son imágenes de la actividad del Hijo de Dios. El león representa la potencia, la excelencia y la realeza; el cordero significa la función sacerdotal y sacrificial; el rostro de hombre describe su venida encarnada; el águila indica el don del Espíritu que vuela sobre la Iglesia. Cuatriformes son los querubines, cuatriforme es el evangelio, y cuatriforme es la actividad del Señor (ibid). El evangelio de Juan está lleno de potencia y gloria. El de Lucas tiene carácter sacerdotal en su comienzo que habla del sacerdote Zacarías. Mateo empieza por hablar del aspecto humano de Cristo al presentar su genealogía. Y Marcos comienza con el Espíritu profético que desciende desde lo alto sobre los hombres (Mc 1,1-2) (cf. ibid)

De nuevo S. Ireneo de Lyon destaca que el cuádruple evangelio está sostenido «por un único Espíritu». Este autor reconoce que hay cuatro regiones en el mundo, cuatro vientos sobre toda la tierra, y la misma Iglesia está extendida por todo el orbe,

pero la columna y el apoyo de la Iglesia es el Evangelio y el Espíritu de vida. Por eso la Iglesia puede tener cuatro columnas que soplan por todas partes la incorruptibilidad y vivifican a los hombres (cf. *ibid*). Un único Espíritu, plural en sus manifestaciones.

Cada persona es un misterio que no podemos circunscribir con un retrato único. Y esto mismo, elevado a su máxima potencia, sucede con Jesucristo. El intento de acoplar los evangelios en uno solo da la impresión de un mosaico reconstruido artificialmente. El evangelio que da vida se presenta rico en matices y colores, en detalles y rasgos. Uno y plural.

3.- El evangelio tetramorfo

El pesar de las semejanzas que existen entre los evangelios, no tenemos cuatro copias idénticas de un mismo texto. Sus autores, en un esfuerzo de fidelidad y actualización, no son meros receptores pasivos de tradiciones precedentes, sino que completan y reelaboran los datos desde su peculiar perspectiva, y según sus singulares objetivos catequéticos.

La Iglesia siempre se opuso a los intentos de reducir la pluralidad de los evangelios. Se dieron casos en los que se destacaba exclusivamente un texto o se intentaba conseguir un relato de síntesis. Marción (85-160) solamente aceptaba una versión mutilada de Lucas. En la segunda mitad del siglo II el sirio Taciano escribió el «Diatessaron» (= a través de cuatro), intento de reunir los cuatro evangelios en una exposición única y definitiva de la vida y obra de Jesús. Con ello se iniciaban las denominadas «armonías» de los evangelios. Pero el «Diatessaron» no suplantó al «evangelio tetramorfo» en expresión de S. Ireneo. Continuó viva la idea de que no había más que un solo evangelio en cuatro formas y que no era aceptable la sugerencia de disponer textos tomados de los cuatro para hacer una historia seguida.

El «evangelio tetramorfo» es símbolo de la riqueza de la pluralidad, de la simultánea apertura a la comunión y a la unidad. No existe ninguna versión que agote la riqueza de Cristo y las cuatro formas evangélicas son distintas versiones de una única realidad.

Si la Iglesia no aceptó el uniformismo es porque siempre se consideró la legitimidad de un sano pluralismo que no rompa la unidad. La Iglesia es el lugar donde la unidad no es uniformidad ni pasividad, sino colaboración y comunión.

El «Catecismo de la Iglesia Católica» cita en el número 126 a la Constitución «*Dei Verbum*» (nº 19) para explicar las etapas de formación de los evangelios, y en el número siguiente dice: «El Evangelio cuatriforme ocupa en la Iglesia un lugar único» (Cat. I.C. 127). Un Evangelio en cuatro formas («tetramorfo» o «cuatriforme») al que han precedido tareas de selección, síntesis y adaptación.

El número 514 del Catecismo afirma: «Muchas de las cosas respecto a Jesús que interesan a la curiosidad humana no figuran en el evangelio. Casi nada se dice sobre su vida en Nazaret, e incluso una gran parte de la vida pública no se narra (cf. Jn 20,30).